

MULTIPLICACION DE LOS PANES.

Miserere super turbam.
Me dá compasion esa multitud de gentes.
(MARC. VII, 2.)

Hermanos míos, luego que el Salvador hubo comenzado su misión, la fama de su nombre llenó bien pronto toda la Judea. A todas partes donde dirigía sus pasos, multitud de hombres corrían en su seguimiento, ávidos de verle y oírle; y después de haberle visto, no podían dejarlo, bien á causa de la admiración que les inspiraba, bien por los consuelos que sus manos liberales prodigaban á cualquiera que venía á implorarlos. La multiplicación de los panes es uno de los rasgos de poder y misericordia que la Iglesia ofrece á nuestras meditaciones. Abramos pues, nuestras almas á los sentimientos de admiración y confianza que sus obras maravillosas exigen. El rasgo que nos ocupa, más que un recuerdo histórico, es una enseñanza, es una lección; nosotros la consideraremos desde este último punto de vista. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Cuatro pensamientos dominan y resumen esa página del Evangelio, todos tan íntimamente ligados entre sí, que del primero se desprenden los tres restantes. El orden del Evangelio será también el de nuestro pensamiento. Elevemos pues nuestras miradas sobre la montaña donde está sentado el Salvador. Aun cuando el hombre esté poseído de un inmenso orgullo, sin embargo, casi siempre peca por falta de elevación, siempre dirige su mirada demasiado baja, bien en sus obras, bien en el juicio de sí mismo ó de los demás. «Esa cúpula, decía Miguel Ángel, hablando de la basílica de S. Pedro, la suspenderé en los aires;» y de esa cúpula toma las proporciones del templo que quiere edificar. Si para entrar en nuestro Evangelio no se elevan nuestras miradas hasta la cima de la montaña, si se detienen al pié de ella, ¿qué vemos? Enfermos de toda especie, hombres á quienes el hambre atormenta: tal es el triste espectáculo que se ofrece á nuestros ojos. Pero levantemos más alto nuestras miradas, y veremos también aparecérsenos esa Providencia, que, aunque superior á nosotros,

aunque parezca muy distante, no por eso está ménos próxima. Algunas almas fieles, sinceramente piadosas, desaniman y escandalizanse al verse sometidas á ciertas pruebas. Ellas también siguen al Salvador, subyugadas por sus prodigios, por la sublimidad de su palabra y por ese poder que ha vencido al mundo. Ven y comprenden todo lo que hay de eficaz y consolador en la religion santa, siguiéndola mientras que el camino es fácil, mientras que marchan sin trabajo y sin esfuerzo; pero, desde que el camino se hace más escabroso, más difícil, desmayan en su marcha. Los unos se detienen en el llano, los otros al pié de la montaña; pero todos acobardados y atormentados por el hambre, olvidan que no es bastante seguir á Jesús al Tabor, sino que es necesario subir con él al Calvario. La piedad no es un descanso, no es un tabernáculo, no es una tienda preparada para ponernos á cubierto; es un taller donde se desarrollan y perfeccionan sin cesar, por medio de santos y continuos ejercicios, las virtudes de que somos susceptibles. Después del pecado, toda virtud es un punto de difícil arribo, todo progreso significa trabajo: es una conquista: *Violenti rapiunt illud*. Es necesario, pues, que la piedad tenga sus pruebas. Sin duda que tiene dulzuras inseparables de su práctica. Por desgraciado que sea el hombre, hay siempre en la parte superior del alma una region serena, á pesar de las tempestades que la rodean. Dios, hermanos míos, conoce nuestra debilidad, y nos trata como niños, animándonos por medio de su benignidad; pero también, por interés de nuestra propia debilidad, él nos trata alguna vez con rigor, para que más tarde no pueda decirnos: «Es cierto que me habeis servido, pero nada os debo; habeis recibido ya vuestra recompensa.» La piedad es, ante todo, un deber, y no puede esperarse su recompensa sino después de haberlo llenado. Si sucediese de otro modo, la piedad no sería más que puro egoísmo, mientras que es necesario que sea inspirada por la caridad. Sería un medio de sensualidad, que no dejaría de tener sus peligros y funestas consecuencias. En el culto que tributais á Dios ¿no habeis buscado más que á Dios? O antes bien, ¿no os habeis buscado más que á vosotros solos? Vosotros, hermanos míos, lo habeis amado del mismo modo que los apóstoles en los primeros días que se unieron al Salvador, con un amor absolutamente humano. Es necesario, pues, que se aleje de vosotros para que el Espíritu venga á fortaleceeros. No habeis seguido á Jesús sino por el pan que os daba, como esa multitud á quien el Salvador dirigía la misma inculpción. Necesitabais un pan espiritual que, semejante á la victima de los holocaustos, se preparase en el fuego del sacrificio. Hubierais querido el sacrificio por el respeto y honor que procura al

que lo acepta, pero no hubierais querido participar de su abnegacion ni de sus austeridades. Os decís soldados de Jesucristo; á vosotros toca, pues, sostener las acciones. Debeis á Dios este testimonio de vuestra virtud, y lo debeis tambien á los hombres, con el fin de que crean en ella. Pero, vuestro desaliento es un ultraje á la piedad, vuestras murmuraciones son un escándalo; apenas habeis visto la cruz, y ya os habeis sobrecogido de terror y espanto. Para abrazarla con valor debeis mirar al cielo, y en vuestro desamparo una voz compasiva vendrá á consolaros.

«Tened piedad del pueblo, dice Jesús.—¿Dónde compraremos pan para darle? Nuestros recursos no bastan,» responden los discípulos. Tal es la queja ordinaria y común de la mayor parte de los hombres, cuando se ven atormentados por una calamidad pública ó privada. ¿Cómo encontrar en el desierto bastante pan para alimentar tanta muchedumbre? La industria está encadenada, y las tempestades que nos amenazan pueden arrastrar tras de sí á las naciones y á la sociedad entera. La miseria es inmensa, los peligros inminentes; ¿qué será de nuestra familia, tan numerosa y tan pobre? Tal es el grito de todas las épocas agitadas, de toda existencia precaria; como si la queja del dolor debiera ser un grito de desesperacion. Pues bien; ese grito de desesperacion es una impiedad; es el grito de aquellos cuyas miras siempre son mezquinas, jamás elevadas.

Hermanos míos, es necesario que conozcais vuestras miserias y comprendais su extension y gravedad. La peor de las enfermedades es aquella que no se conoce. Nuestro siglo no tiene confianza en la Providencia, á pesar de haber multiplicado el pan necesario para su alimento siempre que de él ha tenido necesidad. Por estas palabras que Jesús dirige á Felipe, segun nota el Evangelio, lo prueba; y la respuesta del apóstol expresa perfectamente la inquietud, harto común, de los hombres, en sus necesidades y en sus trabajos. Pero Jesús sabia muy bien lo que debía hacer, y con dos panes y dos peces alimentó á cinco mil hombres. Lo que Jesús hizo entónces lo ha hecho y lo hará siempre por nosotros. Todas las producciones de la tierra se cambian de polo á polo, y cada día llegan á hacerse más asequibles á cualquiera que las desea; todos los bienes se hacen más accesibles á todas las condiciones. El economista atribuye este honor á su ciencia y á su industria: el verdadero economista es el buen Dios. Si cada pueblo ha tenido su multiplicacion y cada familia la suya. Todos los hombres ven obrar á cada instante el mismo prodigio, y cada uno puede tambien esperararlo, porque es una gracia que no falta jamás. Es cierto que la miseria tiene sus desigualdades, lo

mismo que sus angustias; pero tambien es cierto que la ambicion y la sensualidad, enemigas de toda justicia, no se reducen jamás á los límites de la necesidad real. Lo que más debe temer una alma, que ha llegado á cierto grado de perfeccion, es el orgullo. Los más soberbios son aquellos que en otro tiempo fueron más pequeños; el hombre más tirano ó el más avaro es aquel que, antes de ser rico, tuvo necesidad de subvenciones. Figuraos un rico hecho pobre, y le oireis gritar contra la avaricia y el despotismo. Figuraos en seguida el mismo pobre hecho rico, y le oireis entónces gritar contra la exigencia é insolencia de los pobres. Es decir, que los hombres son los instrumentos de sus pasiones, más bien que los intérpretes de la verdad y de la justicia. Ese es el motivo porque la Providencia es despreciada tantas veces; se la niega porque no se la quiere ver, ó porque no quiere acomodarse á nuestros caprichos. ¡Ah! precisamente cuando parece olvidarnos, es cuando más dispuesta se halla á derramar sobre nosotros sus gracias más abundantes; y si su mano se retira, es porque se blasfema. Jesús manda á Pedro caminar sobre las aguas, y las olas le conducen. Entra la duda en su corazon, y comienza á sumergirse; el desaliento y la desesperacion son frutos de la duda. Esto nos conduce á hablar de las condiciones que hacen accesible y fecunda á la Providencia.

2. No pretendo enseñaros los medios de alejar todos los males, todos los dolores; este bálsamo inefable no existe, desde que Dios destruyó el paraíso terrestre. El hombre lo busca en vano; pero la fe nos instruye y la razon nos enseña, que es hijo de Dios y que Dios es bueno. En todas las lenguas Dios significa bueno; y siendo Dios tan sábio como bueno, puesto que es perfecto, es necesario que tenga providencia. Pero ¿qué es lo que la hace ó parece hacer indiferente á ciertos males para ciertos hombres? El Evangelio nos lo va á manifestar. Contemplad esos cinco mil hombres que vagaban esparcidos por la llanura; se han aproximado á Jesús, y lo rodean con solicitud. Todos están rendidos y sufren; la vista de Jesús los reanima, y á su palabra se han sentado, esperando con respeto y con amor lo que va á decirles y lo que va á hacer. Vosotros tambien estais cansados, sufris y tenéis hambre. Esos cinco mil hombres, hermanos míos, os dicen cómo y dónde encontrarlos consuelo y el pan que os hace falta. Aproximáos á Dios como la familia se acerca al hogar que le dá calor, como el trabajador se acerca por la noche al asilo donde su consorte le espera preparando su comida, como el hijo se echa en los brazos de su padre. ¡Si! acercáos á Dios; pero, no es bastante acercarse, es necesario sentarse como esos hombres á quienes hoy ali-

menta; sentarse á su palabra, á su vista, á su disposicion, á sus piés. Es necesario sentarse. Hasta aqui, habeis corrido arrastrados á todo viento de doctrina, al capricho de vuestros locos pensamientos; sentaos á su palabra, única verdadera; bajo su mano con confianza, á sus piés con respeto. Recojeos en Dios, estudiad su santa voluntad; muchas veces no solamente habeis seguido vuestros caprichos, sino que habeis querido preciar al mismo Dios á conformarse con ellos:

ved de qué modo no ha producido la resistencia más que decepcion y tristeza. ¿Podia suceder de otro modo? No pertenece más que al que todo lo ve, al que es Señor de todo, el saber y disponer de todas las cosas; y el crimen, hoy demasiado general en los hombres, es no reconocer más que su propia sabiduria y su propio poder. Miradlos á todos erigirse en reformadores; y al oírles, se les podria tomar por los dominadores del mundo, como si Dios no estuviere en él. Jamás han sido más numerosos los filósofos, ni jamás se han visto más ímpios; jamás tantos reformadores, y jamás se ha visto el vicio tan extendido; jamás tantos políticos, y jamás se ha aprendido ménos sobre la forma de los gobiernos; jamás tantos economistas, y jamás se ha visto miseria de tantas especies, ni las diversas posiciones más embarazadas. Decidnos, en fin, ¿por qué los rompimientos sociales? ¿Por qué la sociedad actual inspira á todos tantos terrores y tan grandes angustias? Porque cada cual se pregunta al comenzar el dia: ¿Qué será de nosotros á la noche? y por la noche: ¿Qué será de nosotros mañana? No sabe dónde está, ni por consiguiente adónde va. Necesita principios ciertos para sacar consecuencias ciertas; y ¿dónde tomar esta certidumbre sino en Dios? Ved por qué cuando se está sentado á sus piés, no podeis ménos de sentaros á su mesa, de ser servidos por su propia mano con una abundancia tal, que vuestra hambre quede satisfecha. No olvidéis entónces la recomendacion que el Salvador hace á sus discipulos cuando les dice, que recojan los restos para que no perezcán: *Ne pereant.*

¿Qué necesidad tenia de hacer recoger los restos aquel que de tal modo podia multiplicar los panes? Ha querido daros con esto una leccion de economia. La experiencia prueba que la economia es la que engrandece las familias; la prodigalidad es la que pierde la fortuna pública y privada. Lo mismo sucede en el órden espiritual: el uso prudente y mesurado de las gracias es quien las conserva y las fecunda, y esa economia se olvida con demasiada frecuencia. Ayer se tenia hambre; ha sucedido la abundancia, y ya no se piensa en que el hambre puede volver: se disipan todos los recursos á la vez. De este modo, después de algunos dias de piedad, al dia siguiente de una

fiesta en la que todo ha sido edificacion, después de una comunión santa, todos los sentimientos cristianos, todas las disposiciones virtuosas que estos dias piadosos, esta fiesta, esta comunión han producido, se desprecian, no se piensa en ellas, y se abandonan como los restos de un festin. Cuando Dios os proporcione gracias más abundantes que las que os hagan falta para vuestras necesidades presentes, reservad las que os queden para otros momentos en que puedan seros útiles ó necesarias. Una boca amiga os ha dado sus consejos; aceptadlos, grabándolos en vuestro corazon como un tesoro precioso. Honrosos frutos os han sido proporcionados; los que hoy os parezcan supérfluos, algun dia tendrán su utilidad. Sois felices con haberos acercado á los sacramentos, y las gracias con que habeis sido enriquecidos, no solamente bastan á las necesidades presentes, á las obligaciones actuales de vuestro estado, sino que exceden; son las más preciosas, y os prueban cuán liberal es Dios para con vosotros; y puesto que os dá más que al presente necesitais, es que tiene otros designios sobre vosotros, ó que prevé necesidades que no sospechais, y que más tarde se dejarán sentir. Cada vez que Dios venga á multiplicar vuestro pan, tened cuidado de recoger hasta las más pequeñas migajas, pues son un don de su amor y de su infinita sabiduria.

La vida mortal es un desierto sin duda; pero, un desierto fecundo para cualquiera que vive en él con Dios. El hombre encuentra siempre allí un pan que el Padre celestial multiplica. Tened confianza en su bondad, pero sabed tambien apreciar y conservar sus beneficios. Apreciando sus beneficios y confiando en su bondad, alcanzareis cada vez más abundantes gracias; seréis felices en el tiempo, y eternamente dichosos en el cielo, que os desee.

Véase: NECESITADOS.